

# Cartas de *Mefisto* a Cristina Gómez

Investigación, presentación y cronología

SANTIAGO LONDOÑO VÉLEZ



LETRA X LETRA  
—EPISTOLAR—

Iriarte, Alberto, 1920-1993

Cartas de Mefisto a Cristina Gómez / Alberto Iriarte, Mefisto; presentación Santiago Londoño Vélez.

-- Medellín: Editorial EAFIT, 2019

124 p.; 21 cm. -- (Letra x letra)

ISBN 978-958-720-582-4

1. Pintores colombianos - correspondencia, memorias, etc. 2. Iriarte, Alberto, 1920-1993 - correspondencia, memorias, etc. 3. Gómez, Cristina - correspondencia, memorias, etc. I. Londoño Vélez, Santiago, pról. II. Tit. III. Serie

C866 cd 23 ed.

I681

Universidad EAFIT – Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

## Cartas de *Mefisto* a Cristina Gómez

Primera edición: julio de 2019

© Eugenia Lince de Iriarte

© De la investigación, presentación y cronología: Santiago Londoño Vélez

© Editorial EAFIT

Carrera 49 # 7 Sur - 50, Medellín. Tel. 261 95 23

<http://www.eafit.edu.co/fondo>

Correo electrónico: [fonedit@eafit.edu.co](mailto:fonedit@eafit.edu.co)

ISBN: 978-958-720-582-4

Edición: Juan Felipe Restrepo David

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Ilustración de carátula: Alberto Iriarte (*Mefisto*, *Lechugas y granadilla* / 1981-1982. Óleo sobre lienzo (detalle) y foto Cristina Gómez

Fotografías interiores: Cristina Gómez

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158 emitida el 13 de febrero de 2018

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Editado en Medellín, Colombia

# Contenido

Nota Editorial .....	7
----------------------	---

## Presentación

Santiago Londoño Vélez.....	9
-----------------------------	---

## Cartas

Carta I [¿Enero? de 1984].....	23
Carta II [Miércoles 1 de febrero de 1984] .....	25
Carta III [1984] .....	27
Carta IV [Domingo 5 de febrero de 1984] .....	29
Carta V [1984] .....	30
Carta VI [Viernes 10 de febrero de 1984] .....	31
Carta VII [Miércoles 15 de febrero de 1984] .....	32
Carta VIII, [Domingo 19 de febrero de 1984] .....	33
Carta IX [Viernes 24 de febrero de 1984] .....	34
Carta X [Sábado 10 de marzo de 1984] .....	37
Carta XI [Domingo 11 de marzo de 1984] .....	38
Carta XII [Martes 13 de marzo de 1984].....	39
Carta XIII [Miércoles 14 de marzo de 1984] .....	40

Carta XIV [Lunes 19 de marzo de 1984] .....	41
Carta XV [Sábado 24 de marzo de 1984] .....	47
Carta XVI [Domingo 25 de marzo de 1984].....	48
Carta XVII [Viernes 30 de marzo de 1984].....	49
Carta XVIII [1984] .....	51
Carta XIX [1984] .....	54
Carta XX [Jueves 19 de abril de 1984] .....	55
Carta XXI [Lunes 30 de abril de 1984].....	56
Carta XXII [Martes 1 de mayo de 1984].....	57
Carta XXIII [Sábado 12 de mayo de 1984] .....	60
Carta XXIV [Martes 15 de mayo de 1984] .....	61
Carta XXV, [Domingo 20 de mayo de 1984].....	63
Carta XXVI, [Martes 22 de mayo de 1984] .....	65
Carta XXVII, [Domingo 27 de mayo de 1984].....	67
Carta XXVIII [Miércoles 30 de mayo de 1984]].....	69
Carta XXIX [Viernes 14 de junio de 1984] .....	71
Carta XXX [Sábado 15 de junio de 1984] .....	72
Carta XXXI [Jueves 27 de ... de 1984] .....	74
Carta XXXII [Martes 2 de julio de 1984] .....	75
Carta XXXIII [Jueves 5 de julio de 1984] .....	76
Carta XXXIV [Domingo 8 de julio de 1984] .....	77

Carta XXXV [Miércoles 11 de julio de 1984] .....	79
Carta XXXVI [Viernes 20 de julio de 1984] .....	81
Carta XXXVII [Domingo 12 de agosto de 1984] .....	83
Carta XXXVIII [Miércoles 15 de agosto de 1984] .....	85
Carta XXXIX [Domingo 2 de septiembre de 1984] .....	86
Carta XL [Viernes 7 de septiembre de 1984] .....	87
Carta XLI [Lunes 10 de septiembre de 1984].....	89
Carta XLII [Lunes 17 de septiembre de 1984].....	90
Carta XLIII [Jueves 20 de septiembre de 1984] .....	91
Carta XLIV [Domingo 30 de septiembre de 1984] .....	93
Carta XLV [Miércoles 10 de octubre de 1984].....	94
Carta XLVI [Lunes 15 de octubre de 1984] .....	95
Carta XLVII [Sábado 20 de octubre de 1984].....	96
Carta XLVIII [Sábado 27 de octubre de 1984].....	97
Carta XLIX [Miércoles 7 de noviembre de 1984] .....	98
Carta L [Sábado 17 de noviembre de 1984] .....	99
Carta LI [Miércoles 21 de noviembre de 1984] .....	100
Carta LII [Domingo 25 de noviembre de 1984].....	102
Carta LIII [Domingo 2 de diciembre de 1984] .....	103
Carta LIV [Viernes 7 de diciembre de 1984].....	104
Carta LV [Martes 8 de enero de 1985].....	105

Carta LVI [¿Enero de 1985?] .....	106
Carta LVII [Lunes 28 de enero de 1985] .....	107
Carta LVIII [Jueves 21 de febrero de 1985] .....	109
Carta LIX [Jueves 28 de marzo de 1985] .....	110
Carta LX [Miércoles 10 de abril de 1985] .....	111
Carta LXI [Miércoles 25 de abril de 1985] .....	113
Carta LXII [Domingo 5 de mayo de 1985] .....	114
Carta LXIII [Viernes 7 de junio de 1985] .....	116
Carta LXIV [Miércoles 12 de junio de 1985] .....	117
Carta LXV [Lunes 22 de julio de 1985] .....	118
Carta LXVI [¿1985?] .....	119
Cronología.....	121

## Nota editorial

Entre las escrituras que hemos clasificado por géneros a lo largo de la tradición literaria occidental, pocas se caracterizan por su espontaneidad como las cartas (género epistolar). En ellas, cuando escuchamos con atención, logramos oír una voz viva que susurra y calla secretos, que lanza gritos y se muerde los labios con sus remordimientos, mientras desanuda confesiones con la tranquilidad de que no habrá más interlocutor que aquel para quien se escribe; y ese es el caso de estas cartas de Alberto Iriarte a Cristina Gómez, escritas durante la década del ochenta del siglo XX (las de ella, las de devuelta, quizás ya no podremos conocerlas: es como conocer una sola versión de la historia). Por eso, esta lectura, este libro en su conjunto, es como una invasión de nuestra parte, pero que la justifica la misma belleza de las epístolas, su espíritu literario: Alberto Iriarte era un pintor que conocía muy bien el valor y la magia de cada palabra, por más personal y confesional que esta fuera, al fin y al cabo fue un lector avezado. En honor a esa espontaneidad, hemos respetado, tanto como pudimos, la escritura de Alberto para que el lector pueda sentir los giros de su voz, sus evasiones y su carácter. Al paso de la lectura, también se encontrarán algunos facsimilares de ciertas cartas que representan momentos cruciales para él; la misma caligrafía es una de las presencias del cuerpo, es paisaje y testimonio de una vida artística. Es un honor para nosotros poder continuar con esta colección, LETRA X LETRA – EPISTOLAR, pues estamos convencidos de que en la divulgación de las cartas de escritores, artistas, humanistas e intelectuales, podemos conocer mucho más nuestra tradición, en especial, en uno de sus matices más fascinantes y misteriosos: la intimidad, la singularidad de la condición humana de cada uno.



# Presentación

Santiago Londoño Vélez

## I

Ya no se escriben cartas. O no al menos bajo la forma de papeles manuscritos enviados por correo dentro de un sobre con estampillas selladas, sometidos a las demoras de una huelga, a la congestión de una temporada, al robo o a la pérdida azarosa. Con suerte, esos soliloquios escritos lograban llegar al apartado aéreo o entrar debajo de la puerta del destinatario. En esa medida, las cartas que ayer se escribieron como alternativa a la imposibilidad de lo inmediato –inmediato que ahora facilita la tecnología, sacrificando el documento físico– cobran interés como evidencias históricas, literarias o, simplemente, como restos testimoniales de alguien que fue en un tiempo que ya pasó.

Las cartas, si son personales y no simples papeles comerciales o institucionales, contienen la intimidad vuelta palabra, y tal vez, retazos de poesía. La intimidad de la amistad, del amor, de la falta, de la pérdida, de las buenas o malas noticias, de las incertidumbres, fracasos o ilusiones compartidas. La intimidad es tal vez la poética de la falta –te escribo porque no podemos conversar– y las cartas personales son ante todo un monólogo consigo mismo, disfrazado de diálogo con el otro, que se dilata con las pausas temporales.

Leerlas es agregar un tercero a quien no estaban dirigidas y, por lo tanto, una forma de entrometerse. Publicarlas es salvarlas del olvido, la basura o las cenizas. Y publicar las cartas que un pintor mayor, antisocial

y malcontento, le escribió a una joven, es dar a la luz unos documentos insólitos que no han sido considerados en la historia del arte colombiano, historia de la que Mefisto se marginó por voluntad propia. En ellos circulan pensamientos, enseñanzas, anécdotas y sentimientos. El amor al arte, la soledad del encerrado que reclama atención y necesita comunicarse. El apremio de quien contabiliza la demora de las respuestas por la fecha de los matasellos en los sobres que recibe, y la acidez de quien escribe comentarios desde su irreparable desacomodo con el mundo.

Demuestran estas cartas que el apartamiento es más tolerable si se cultiva la fantasía de que el otro sabe de nosotros; de que el otro, así sea allá lejos, nos reconoce al devolvernos sus palabras de respuesta: por eso se esperan con ansiedad y se leen y releen con fruición cuando, por fin, llegan y parecen derrotar la lejanía y la espera.

## II

Arquitecto, dibujante, pintor, lector empedernido, fumador incessante y melómano, el bogotano, Alberto Iriarte Rocha (1920-1993), fue conocido como Mefisto desde sus tiempos de escolar en el Gimnasio Moderno de su ciudad natal, donde terminó estudios de bachillerato en 1936. Desde joven se interesó por la música, el dibujo, la pintura y los toros, pero finalmente optó por la naciente carrera de arquitectura, profesión que cursó entre 1937 y 1941 en la Universidad Nacional en Bogotá. Se tienen noticias de que al mismo tiempo estudió con el pintor Gonzalo Ariza (1912-1995).

En la Facultad de Arquitectura conoció a quien sería su esposa, la también estudiante, de origen antioqueño, Eugenia Lince Olózaga (1919-), quien junto con Luz Amorocho (1922-¿?) fueron las primeras mujeres en graduarse en esta profesión en el país.

Con veintitrés años, Iriarte presentó su primera exposición de pintura en 1943, en la residencia bogotana de Elvira Martínez de Nieto (?-1997). En ella también se vieron cuadros de Sofía Urrutia, quien, junto con Elvira, fueron dos de sus más cercanas amigas. Los tres hicieron parte de una suerte de círculo de librepensadores cultos y mordaces, en el que participaron el arquitecto Fernando Martínez Sanabria, el pintor y animador de televisión Saúl García, el periodista Hernando Santos, el empresario Julio Mario Santo Domingo y algunos otros más.

Mefisto no volvería a exhibir sus cuadros en los siguientes treinta y cuatro años. Durante este lapso dejó la pintura y se dedicó a viajar y a trabajar fuera de Colombia como arquitecto.

La pareja Iriarte Lince llegó a Nueva York en 1948, donde un tiempo antes se había casado por lo civil; ambos eran agnósticos y eligieron formalizar su relación de esta manera, lejos de posibles conflictos con sus familias católicas. De allí volaron a Portugal y luego a Italia, donde vivieron siete meses. Posteriormente estuvieron en Francia y España y regresaron a Italia para tomar parte del CIAM (Congreso Internacional de Arquitectura Moderna), realizado ese año en Bérgamo, bajo la presidencia del arquitecto José Luis Sert. En el mismo congreso también participaron los colombianos Rogelio Salmona y Germán Samper. Finalmente pasaron dos meses en París y, al cabo de un movido año europeo, se establecieron en Nueva York en septiembre de 1949.

Allí se vincularon a la oficina de arquitectura y planeación urbana de Sert. Eugenia trabajó como dibujante y Alberto participó en distintos proyectos de planeación urbana, particularmente en el Plan Regulador de Medellín. Durante un tiempo colaboró en la preparación del libro de Sert *El corazón de la ciudad*, que en su momento fue muy influyente en la concepción moderna sobre la planeación de las ciudades. En Nueva York fue alumno del pintor cubista Amadeo Ozenfant, a quien

admiró por la técnica de múltiples capas, si bien no le gustaba su trabajo. También se relacionó con destacados diseñadores y arquitectos, como Marcel Breuer.

Luego de un corto viaje a Colombia, Mefisto y Eugenia se residenciaron en Caracas en 1953, donde desarrollaron trabajos de arquitectura y planeación urbana a lo largo de los siguientes diecisiete años. Por unas fotografías se sabe que visitaron en Macuto al pintor Armando Reverón. Hasta ahora solo hay noticias ciertas de una de las obras que hizo el arquitecto Iriarte en Caracas, la iglesia del Colegio de La Salle-La Colina, una ambiciosa estructura que diseñó en 1963, caracterizada por los volúmenes geométricos en hormigón que reflejan bien los ideales del movimiento moderno y la influencia de Le Corbusier. Siempre conservó los planos originales de esta obra, así como un álbum de fotografías en blanco y negro.

En 1970, con cincuenta años y un largo recorrido como arquitecto y planificador urbano, Mefisto abandonó la arquitectura y se estableció en Envigado, Colombia, en una sencilla casa de campo, propiedad de Eugenia y su hermana. Allí se dedicó, durante los siguientes veintitrés años de vida, a pintar como si estuviera en la Europa del siglo XVII, a leer en inglés, francés, italiano y español, con preferencia por los clásicos, aunque prestó atención a las novelas del *boom* latinoamericano. Y a fumar y a escuchar música, con especial preferencia por la de Bach.

Mefisto y su esposa tenían habitaciones separadas; ella mantenía las riendas de la sencilla vida doméstica, y él pintaba en la misma habitación donde dormía. De muy pocas palabras, instruyó al mayordomo para que no lo interrumpiera antes de las cuatro de la tarde, y para que dijera siempre que no estaba a quienquiera que preguntara por él en la portada, que entonces estaba identificada con el número 32-14. Ante el intento de visitarlo por parte de la directora del Museo de Antioquia

de ese entonces, le contó a Cristina en una carta: “Quería venir a verme pero no me dejé. Tu eres la única persona que puede venir a esta casa sin necesidad de golpear”.

Se levantaba muy temprano porque prefería la luz del amanecer para trabajar. Pero en realidad pintaba poco y muy despacio, tal vez no más de cuatro o cinco cuadros al año, hechos a la manera antigua, con múltiples capas de color al óleo aplicadas mediante veladuras. Partía de cuidadosos dibujos a lápiz, en los que definía el contorno, así como las luces y sombras de frutas y vegetales, pues su motivo único eran las naturalezas muertas. Luego trasladaba el diseño al lienzo mediante calco o cuadrícula. Tal como escribió Rafael Puyana, “la meticulosidad de su técnica no es una afectación preciosista, es una actitud moral, una pasión por la limpieza y la integridad”. No firmaba los cuadros, o mejor, solo en ocasiones incluía la figura de algún insecto o un ratón, a manera de firma.

Por convicción inquebrantable no llevaba ningún tipo de vida social ni familiar, si bien algunos sobrinos lo recuerdan con simpatía y como buen jugador de ajedrez; un tablero con las fichas dispuestas siempre estaba sobre la mesa de la sala de la escueta vivienda. El escaso contacto que tenía con el exterior era principalmente a través de mujeres –su esposa, Eugenia Lince; Elvira Martínez de Nieto y, más tarde, Cristina Gómez– y de un mínimo de amigos, como el músico Rafael Puyana y Saúl García, que vivían en Europa y Bogotá, respectivamente, así como el poeta nadaísta Amílcar Osorio. Conocido como Amílkar U., en ocasiones lo visitaba en Envigado y le llevaba libros. Así le informó de su muerte a Cristina: “Hace tres días murió Amílcar Osorio, bruscamente y sin dificultades. Como no estaba haciendo nada, creo que fue lo mejor que le pudo pasar. En diciembre publicó un libro de poesías que pasó completamente desapercibido”.

Solo de cuando en cuando aceptó la visita de personas que no conocía, como el galerista Claude Bernard, el crítico francés Jacques Lenhardt, y, al parecer, Gabriel García Márquez, quien fue propietario de un bodegón que acostumbró a llevar en sus viajes.

Reacio a las exposiciones y compromisos, la primera vez que mostró al público su trabajo como pintor profesional fue en noviembre 1977. Presentó dieciséis óleos en la Galería SD de Bogotá, propiedad de la esposa de Julio Mario Santo Domingo y una socia. La más importante fue la que realizó en 1982 en la Galería Claude Bernard, en París. Bernard conoció las obras que tenía en su casa parisina Rafael Puyana, y quedó encantado con la técnica. Visitó a Mefisto en Envigado, le anticipó dinero por un lote de cuadros que le pagó en dólares; finalmente logró reunir, entre los que compró y los préstamos de particulares, un total de treinta y dos. La muestra, divulgada en Colombia por el periódico *El Tiempo*, dirigido por Hernando Santos, su admirador, contribuyó a consolidar a Mefisto como un pintor peculiar que atrajo el interés de escritores como Germán Arciniegas y Eduardo Caballero Calderón. Entonces, eran de fama los altos precios y la larga lista de espera para adquirir sus obras, administrada por Elvira Martínez. Por eso, García Márquez lo describió como “el más codiciado y secreto de los pintores actuales de Colombia”, y aseguró que “su obra espléndida y escasa es más bien un acto de purificación de un hombre de otro tiempo, empeñado en la tarea solitaria de inventar otra realidad para existir en ella” .

Las últimas exposiciones fueron las que realizó en noviembre de 1990 para inaugurar la Galería Arte La 10, en Medellín, propiedad de su amiga Cristina, integrada por veinte cuadros; y la de 1992, en el Salón Cultural de Avianca, en Barranquilla, con treinta y cuatro, la mayoría provenientes de colecciones privadas, y siete que había pintado entre 1990 y 1991. Sobra añadir que Mefisto no asistió a ninguna de las

exposiciones y que en veintitrés años como pintor profesional no dio más de dos entrevistas a medios de comunicación. Esto último subraya la importancia documental de las cartas que le escribió a su galerista y amiga.

El pintor falleció el 30 de junio de 1993 en una clínica de Medellín. El periódico *El Tiempo* informó que padecía cáncer, aunque ninguno de sus allegados lo sabía; el escueto certificado de defunción menciona como causa del deceso un paro cardiorrespiratorio. En el caballete de su habitación quedó un óleo inconcluso que representa una lechuga y una taza de café, su bebida favorita.

### III

A comienzos de la década de 1980, Cristina Gómez llegó a la puerta de La Malcontenta, como llamó Mefisto a la sencilla casa que ocupó en Envigado, en alusión irónica a una obra majestuosa de Andrea Palladio, levantada en el siglo XVI. Cristina tenía una marquetería y galería de arte y quería conocer al pintor. Lo que se inició de manera fría y distante –Iriarte le pidió llamarlo arquitecto–, pasó luego a ser una relación entre un cliente y un proveedor que le suministró bastidores de buena calidad y marcos tallados para sus cuadros, hasta convertirse en una amistad entre quien superaba los 65 años y una joven con la mitad de esa edad.

En 1984, Cristina Gómez viajó a San Francisco, Estados Unidos, en plan de estudios, y a lo largo de dos años mantuvo correspondencia con Mefisto. Dos décadas después reapareció la mayoría de misivas que recibió del pintor. Las fechas, que a menudo están incompletas, muestran que no era raro que le enviara varias cartas por semana. No se conocen las que ella le escribió, pues luego de la muerte del pintor, se

cuenta que Eugenia desechó algunos dibujos y pinturas, así como todo su archivo.

Con la cuidada caligrafía de quien fue arquitecto, las sesenta y cuatro cartas que hoy se conservan dibujan al más anacrónico e inesperado pintor colombiano del siglo XX, quien se olvidó de la arquitectura y se dedicó a pintar lejos del mundanal ruido. Muestran el humor sarcástico y zumbón de quien no hizo concesiones a las vanidades del oficio; y dejan ver las huellas de un descreído de sus propios méritos que llama a sus cuadros “mis porquerías”. Desde su campestre torre de marfil le enseña a su amiga fragmentos de lo mucho que sabía: compara museos, le recomienda libros, le cuenta historias y anécdotas diversas. Tal como si fuera una conversación corriente, reseña minucias de una vida rutinaria y casi monacal, como la vez que, en un día de lluvia que le impide pintar por el efecto indeseable de la humedad en los colores, aprovecha para hacer la “abominable declaración de renta”.

Salpica frases sobre Bach, su gran pasión musical. Discurre con entusiasmo sobre pintores predilectos (Zurbarán, Caravaggio, Giotto, Masaccio, Velázquez, el aduanero Rousseau), sobre un colombiano que no deja de seguir y admirar (Botero), y sobre otros a quienes vapulea sin miramientos (Pedro Nel Gómez, Darío Morales). Alude a libros y a escritores como Gabriel García Márquez.

Mefisto vivió en Envigado casi como un recluso; del pueblo probablemente no conoció más que un establecimiento bancario, la oficina de correos y la plaza de mercado, donde a veces compraba lechugas y calabazas que le servían de modelos. Con menosprecio, y con razón, descalificó las ruidosas costumbres navideñas de los lugareños y padeció la ineficiencia de las obras públicas municipales.

En una carta refiere de manera desapasionada la destrucción de una pintura: “El domingo pasado me di la satisfacción de destrozar un

cuadro”. En varias, de los intrínquilis del envío de un cuadro a Nueva York, de lo mal que le quedaron unas flores y del proceso de pintura de unas coliflores. Traza distintas incertidumbres y reclama con insistencia las palabras de su corresponsal, de quien siempre se despide afectuosamente. Y en la carta XXVIII le pide: “Rompe esta carta y fíjate si por ahí has dejado olvidada alguna de mis anteriores, y tirlala también a la basura, que no me parece prudente dejar trasegando estas cartas. No porque contengan ningún secreto, pero si demasiadas boberías, lo cual es peor”.

Hoy La Malcontenta ha desaparecido para dar paso a un complejo de edificios de apartamentos. De Mefisto quedan algunos planos, sus dibujos y pinturas y estas cartas, que pasan a enriquecer la bibliografía epistolar de artistas en Colombia. A diferencia de las del pintor Guillermo Wiedemann a su esposa, que dan cuenta de sus viajes de descubrimiento por el Pacífico colombiano; de las del pintor antioqueño Eladio Vélez a su madre, que registran sus andanzas juveniles en Europa; de las de la pintora Emma Reyes a Germán Arciniegas, que revelan de manera extraordinaria a una narradora notable con una infancia terrible; o de las de Luis Caballero a Beatriz González, que muestran las incertidumbres y vaivenes de un artista en formación, las que le escribió el pintor Alberto Iriarte a Cristina Gómez se caracterizan por ser portadoras de la voz de un olvidado artista que se retiró del mundo y que encuentra en su interlocutora un asidero. Cáusticas por momentos, chispeantes, desoladas, instructivas y eruditas a veces, sus observaciones en contravía continúan vigentes. Y hacen pensar que conversar con Mefisto habría sido delicioso, si él hubiera permitido que alguien más mereciera sus palabras. Ahora, son una herencia para todos los lectores.

## Nota a la transcripción

Salvo ajustes menores en la ortografía y en la puntuación, las cartas manuscritas se transcriben sin cambios. Algunas fueron fechadas por Mefisto con el día y el año, pero muchas solo tienen el nombre y el número del día (“hoy martes 29”); en otras apenas apunta el día (“hoy viernes”) en el texto principal o junto a la firma, y otras más carecen por completo de indicaciones. Con la ayuda de los calendarios de los años 1984 y 1985, se trataron de ordenar, primero por fechas y luego por temas, pero cabe la posibilidad de que la secuencia original no haya quedado completamente reconstruida, pues además parece que algunas misivas no se conservaron. Al final de cada una, entre corchetes, se le asignó la fecha más probable.

CARTAS



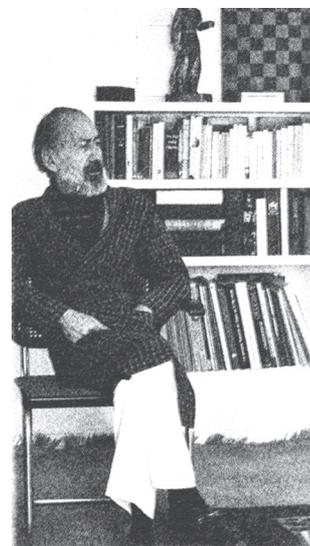
De mis Cuadros otro dia te hablare



## Carta I

Querida Cristina. Hace días te envié un verdadero tamal contestando tu segunda carta. Me decías, pero no tuve espacio para comentarlo, que estás un poco atrasada y que Pachita pasa el día sola. Lo primero me parece normal, pues siempre toma tiempo adaptarse, si es que no lo has hecho ya. Y lo de la perrita, me trajo a la memoria una anécdota de J. J. Rousseau que siempre me ha parecido encantadora. Rousseau vivía en el campo en una cabaña no muy lejos de París, con la única compañía de su perro a quien había tomado, naturalmente, mucho cariño. Unos intelectuales de París lo habían venido cultivando para que diera una conferencia, asunto, al cual, finalmente, accedió.

El día convenido, le enviaron una diligencia para transportarlo a París a un hotel, pues la conferencia era demasiado tarde para regresar el mismo día. Obviamente, se fue con el perro. Se instaló en su cuarto y allá llegó la comitiva para conducirlo al teatro. El perro, que había extrañado el cuarto, apenas se dio cuenta de que Rousseau se iba, empezó a gemir y a dar muestras de desasosiego. Con las mismas, Rousseau se devolvió, se sentó en un sillón y les manifestó que cancelaba la conferencia porque no podía dejar solo al perro. Le informaron que el teatro estaba vendido desde hacía días, que estaba a reventar, y que verdaderamente no podía hacerles semejante desplante. Todo esto pareció no inmutarlo. En medio de la confusión, alguien tuvo la feliz idea de sugerir que se llevaran al perro. Rousseau, para no crear más dificultades, aceptó la propuesta. El escenario estaba ocupado



solo por una mesa, el sillón y el consabido botellón de agua. Sujetó al animal a una pata de la mesa, dio su conferencia sin contratiempos, pues el perro se echó iy se portó con mucha corrección! Esta curiosa anécdota te la relato, para que mañana tempranito compres un cordel, y te vayas con Pachita para tus conferencias.

De mis cuadros otro día te hablaré. No sólo están feitos sino atrasados.

Dale a Pachita una caricia de mi parte, y recibe otra de quien mucho te recuerda.

*AIR*

P. D. Saludes a G.

Hoy martes 29

[¿Enero? de 1984]